

PUNTOS
DE SUSCRICION.

Los mismos que
los del COMER-
CIO.

LA MODA.



PRECIOS
DE SUSCRICION.

Para los suscri-
tores á EL COMER-
CIO 4 rs. al mes.
Para los no suscri-
tores 6. Para los
defuerafrances 7

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATRO, COSTUMBRES Y MODAS.

SALE TODOS LOS DOMINGOS.

PUBLICACIONES NUEVAS.

EL LIBRO NEGRO.

ARTICULO II.

Si ha de juzgarse de una época por los libros que en ella se escriben ó se publican á fé que nuestra potestad habrá de darse de calabazadas para averiguar lo que realmente fuimos y lo que pensamos, y decímoslo así porque nos los que vivimos de presente abrigamos las mismas dudas y tenemos las mismísimas dificultades para ver de clasificar literariamente á este nuestro siglo. Volvamos sinó la vista á esas esquinas en las que á vueltas de tal cual auto de quiebra mercantil ó de tal cual edicto conminatorio sobre el pago de los morosos contribuyentes á la paja y utensilios se encaraman unos encima de otros los cartelones de extravagantes formas y robustas letras anunciando obras y obras, ora antiguas, ora modernas, traducidas las mas y originales las menos, inmenso repertorio capaz de poner temor en el mas impertérrito leyente; pero cuyos anuncios ni aun así logran la ventura de una prolongada exhibicion, puesto que á las pocas horas nuevas masas de papel y de engrudo vienen á obstruirles todas las vias de publicidad, dejando á buenas noches las pomposas clausulas dictadas por el charlatanismo editoril.

Veamos empero si de estos datos sacamos algo en limpio. Ediciones y mas ediciones de Cervantes, de Solís, de Quevedo, de nuestros hablistas, de nuestros clásicos. Sin duda este siglo quiere volver á hablar en castellano. La Biblia del Padre Scio, los anales de la fé, las lecturas dominicales. He aquí un siglo altamente católico. El vizconde d' Arlincourt, lord Byron, Romántico es el siglo si los hay. En una palabra, ya parecemos filósofos, ya políticos, ya dados á los intere-

ses materiales, ya en fin superticiosos y paparrucheros.

De esta última clase es el libro de que hablamos algo en otro artículo, y del cual nos queda materia para el presente, amen de lo que ya dijimos de *La Biblioteca del sino* y de *La tia Marizépalos*, opúsculos ambos que pueden arder en un caudil.

Quedamos en los secretos sacados del libro de Cleopatra, muger que sabia donde le apretaba el zapato en punto á negocios de amores, y que por lo mismo de ellos solos trata en sus pasmosas recetas. Dice así una *para impedir que una muger sea infiel*.

«Tómese una madeja de su pelo, escogiendo los cabellos mas largos, quémese sobre asquas de carbon, y échese la ceniza sobre una cama, sofá ó mueble cualquiera que antes se haya frotado con miel; y lo mas pronto posible véala su marido sobre aquel mueble, que despues no podrá amar mas que á él (¿al mueble?) ni tendrá gusto alguno en ser cortejada por otro.»

Ahora bien, aunque es natural el creer que la célebre reina de Egipto no hizo uso jamas de su receta, sin embargo entendemos que no habrá inconveniente en hacer la prueba cuando todo el costo es el de una poca de miel; se entiende, si la muger no tiene reparo en sentarse encima. Con miel untaban no ha mucho a las que sacaban emplumadas sobre un burro, y esta operacion parécenos que es la misma con corta diferencia que la de la receta de Cleopatra; de forma que todo bien mirado, el que quiera que su muger le sea fiel no tiene mas sino hacer que la emplumen, puesto que un burro en rigor es un mueble como otro cualquiera para el caso.

Para una muger que quiere ser amada de un hombre.

«Tómese pelo de la barba del hombre que una quiera que la ame, procurando que sea lo mas inmediato posible de la oreja izquierda, y una

moneda de plata que haya llevado encima medio día por lo menos. Póngase junto á hervir en un jarro de asperon lleno de vino, échese también salvia y ruda, y al cabo de una hora sáquese la moneda. Cuando se quiera hacer la prueba se toma esta en la mano derecha, se va una cerca del hombre deseado, y pronuncia estas palabras: *Rosa de amor y flor de espinas*, bastante alto para que él lo oiga; luego se le toca ligeramente en el hombro izquierdo, y él la sigue á una á todas partes. No se eche en olvido que es preciso que el jarro de asperon permanezca al fuego, porque el ardor de un hombre se mide por el calor del vino."

Parécenos que después de esto la mujer que no encuentre quien se muera por ella no tiene disculpa, pero es el caso que si bien la receta es facilísima en la apariencia, entendemos que al conflagrarla habrá de toparse con muy buenas dificultades. Por ejemplo, si el hombre es lampiño ó si se afeita, ¿de donde se le han de sacar los pelos para el conjuro? Y si casualmente es de aquellos que no tienen una peseta ¿como se le buscará la moneda de plata? Por lo demás está muy en su lugar la advertencia de que el amor se mide por el calor del vino, pues ya era cosa sabida de antiguo que

Sino Cerere et Baco friget Venus.

Por si acaso hay alguna que esté mal con su fecundidad trae el libro de Cleopatra para ella su medicina, asegurando que una vez hecha dejará de concebir. Es tan poca cosa que solo se reduce á beberse cada mes y en determinado día un vaso de orines de mula. Aquí puede decirse aquello de: *A buen bocado, buen grito*. Muy bueno debe de ser el no parir, pero no es poca compensación la de los orines.

Dejarémos á un lado la *Cartomancia* ó arte de adivinar por los naipes, asunto engoroso y largo de contar, entrándonos á decir poca cosa de los sueños, en cuyo punto difiere notablemente nuestro autor, el *Bachiller Balbuena*, del sabio *Tris megister* cuya clave tuvimos ocasión de ver en la *Biblioteca del Sino* ya antes citada. En prueba de ello pondremos algunos artículos, advirtiendo que el presente libro contiene los números de la lotería que habrán de salir según lo que se sueñe; cosa tanto mas en armonía con la época cuanto que hoy es la lotería hermana gemela de la literatura, y que hay periódicos y suscripciones de obras por entregas que fundan su buena suerte hánto mas que en sus plumas en sus cuartos de billete para la moderna, ni mas ni menos que hay actores y cantantes que no juzgan asegurado su beneficio si alguna rifa de pañolones ó de cubiertos de plata no viene á amenizar las notas de Donizetti ó los versos de Zorrilla.

La primera muestra de sueños será la siguiente. *Bacin*.—Quiere decir que le regalarán un ramo de flores esquisitas, con olores ponzoñosos.—

Salud, tesoro escondido. Números 8, 24, 42." En cuanto á olores ponzoñosos en un bacin, eso ya se entiende perfectamente. No tanto lo de las flores; pero lo que si llama la atención es lo del tesoro escondido, no siendo, como no lo es, aquel mueble el mas á propósito para guardar tesoro alguno.

Cachucha.—Pasar por la calle donde se hacen obras cae un ladrillo y da en la punta del sombrero del que sueña sin hacerle el menor daño."

Hasta aquí el testo, acerca del cual solo harémos una breve observación, y es que aconsejamos á nuestros lectores, si acaso sueñan con la cachucha, que no pasen por calle donde columbren andamios de obra, pues puede haber alguna ligera falta en la interpretación, y de la punta del sombrero á la mollera hay hánto poca distancia.

Concluye aquí nuestra tarea, bastándonos las muestras que hemos dado para juzgar de los primeros del libro en cuestión. A él pues, maridos que queréis asegurar de incendios la fidelidad de vuestras mugeres. A él, mugeres que pretendéis estacionar vuestros atractivos á despecho de los años. A él, vosotras las que desconfiadas de vuestras caras pedis ayuda á la artes de Cleopatra para cautivar con ellas algun amante de desecho ó algun marido de municion. A él en fin, lectores y lectoras, que allí para todos hay, sin otra condicion que la de poseer al leerlo unas tragaderas tan mañas como la puerta de la Catedral. Por poco dinero llagareis á dar dos higas al sabio Malgesí y á Madama Lenormand, ó bien por él comprareis un baratísimo desengaño. F. F. A.

MI AMIGO EDUARDO.

Mi amigo Eduardo es un calavera de mil demonios, y no solo lo es él, sino que tambien me hace serlo á mí que es lo peor. Seria cosa de nunca acabar si contase una por una todas sus locuras, en las que casi siempre me toca figurar bien á pesar mio. Solo recordaré la última que juro por quien soy me ha de dejar memoria por todos los dias que me quedan que vivir en este picaresco mundo.

Hace hoy ocho dias, martes por cierto, me hallaba en mi casa, que ojala no me hubiese hallado; cuando serian las once de la mañana, sentí en el zaguan las pisadas de un caballo y casi al mismo tiempo un fuerte y estupendo campanillazo que hizo saltar la cuerda que de llamador sirve. Salí á ver quien de aquella manera tenia humor de favorecerme con su visita, y me encontré que era mi amigo Eduardo que se habia apeado del caballo, y en un desorden tal y tan pálido, que no pude menos de inferir que alguna gran desgracia le habia ocurrido. Introduce al caballero en mi cuarto y después que el caballo fuese acomodado en el patio. Hice sentar á Eduardo y después de mandar traerle un baso de agua, le pregunté que diablos le habia sucedido que tan mal parado venia. Por sus respuestas vine en conoci-

miento que todo aquél trastorno provenia de una escena violenta que acababa de tener con una jóven señorita con quien hacia quince dias se habia relacionado, y cuyas relaciones habia despues tenido ella por conveniente cortarlas substituyendo a mi amigo con otro, no amigo mio. — Estoy furioso, decia Eduardo, esa inicu tiene la culpa de mis desgracias, me marche lejos de ella á donde nunca mas oiga nombrarla; es una pérfida á la que arrancaria su fementido corazon. Todas sus palabras iban acompañadas con tales ademanes y tales puñadas sobre la mesa, á cuyo lado estábamos sentados, que apesar de ser ella demasiado sólida, temi quedase derrengada pagando así las infidelidades de la novia de mi amigo: verdaderamente yo me creia se habia vuelto loco. Procuré pues como me fué posible hacerle entrar en razon y tranquilizarlo, pero inútilmente, ya me iba dando cuidado, cuando se me ocurrió, Dios me lo perdone, decirle que lo mejor que podía hacer era distraerse, que se marchase al Puerto, que volviera á la noche, que entonces ya mas sereno podria tomar una resolucion: todo esto se lo decia con el piadoso objeto de que se fuera y me dejara en paz: tambien le dije que ningun hombre de sano juicio debia hacer la mas ligera locura por una muger que de tal manera procedia. A todo esto callaba y cuando yo me daba interiormente la enhorabuena de haberlo convencido, me dijo. — Pues bien acompañame tú al Puerto; salimos ahora y estamos de vuelta esta noche, con lo que me distraeré y tal vez olvidaré á esa ingrata. Le contesté que no me era posible acompañarlo por tener aquella tarde que evacuar algunos negocios precisos, y ademas añadi, no tengo caballo ni á quien pedirlo ahora. — Eso es lo de menos, repuso él, yo lo buscaré y estoy de vuelta al momento. Traté de disuadirle de su loca idea pero nada quiso escuchar y salió como una exalacion tornandó á poco con un caballo que habia ido á buscar no sé donde: vamos monta, dijo, y partimos á escape y estamos allí dentro de una hora. Yo nunca las habia visto tan gordas, porque no tengo mas lecciones de equitacion que las que tomé en una ocasion que hice un viaje caballero sobre un macho entre dos tercios uno de cacao y otro de azucar, viniendo de Málaga á Arcos. Quise convencerlo de lo imposible que era que me viese yo oprimiendo los lomos de tal cabalgadura, pero me contestó que era sumamente manso y que no corria ningun peligro de montarlo. Tanto me dijo, tanto me instó, que encomendandome con todo mi corazon á todos los santos del cielo, venciendo mi excesiva repugnancia, y con ayuda de una silla, logré, ó logró él, verme *caballero en un troton*. Antes de montar habia dirigido al caballo una mirada suplicante para que tubiese conmigo toda la caridad que un alma de caballo pueda tener: tambien le dirigí otra á Eduardo como para darle á entender el sacrificio heroico que en aras de la amistad hacia. Salimos pues camino del Puerto no sin añadir yo plegarias al cielo por el feliz regreso á mis lares de los que con tan poca caridad se me apartaba. Con verdad confieso que iba mas muerto que vivo, y que cada vez que el caballo alzaba la cabeza se me mudaba el color, y me agarraba á cuantas partes hallaba asidero en la silla y en las crines del animal. De esta manera, y semejante á uno de esos muñecos de carton que al estremo tienen una cuerdecita, que tirada por las inocentes manos de un niño pone en movimiento á un tiempo los pies y manos de la figura, anduve en compañía de mi maldito amigo como cosa de una legua, y cuando ya iba cobrando alguna esperanza de llegar sin averia, quiso la suer-

te, ó el diablo (que creo ha de ser amigo mio) que tambien bajase una calesa corriendo, con lo que se espantó mi caballo, y encabritandose amenazaba tirarme al suelo, y sin que todas mis fuerzas fuesen suficientes á sujetarlo rompió á escape. En tan angustiado trance no tuve mas remedio, que sacar los pies de los estribos y con ambas manos abrazarme al cuello del animal: así de esta manera corrió un gran trecho, sin saber donde iria á dar y clamando socorro, cuando dió el caballo tan terrible salto que despidiendome de sí con una fuerza atroz me echó fuera del camino, que esta fué mi fortuna, pues caí sobre unos haces de trigo que en la orilla estaban. En el primer momento me creí muerto, pero vuelto en mí, solo me hallé con algunas ligeras contusiones, amen de cuatro ó cinco arañazos en la cara que al caer contra unos espinos, me habia hecho. En el entretanto que yo lamentaba mi desgracia y maldecia de mi estrella, unos marineros del Portal habian logrado sugetar al caballo, del que Eduardo fué á hacerse cargo primero, y despues se llegó á donde yo me encontraba, no sin reír á grandes carcajadas por la aventura. Si en aquel momento no me hubiese hallado con el cuerpo tan dolorido hago con él un escarmiento; porque maldita la gracia que la tal risa me hacia; pero no podia moverme. Me dijo el grandísimo socarron que donde habia aprendido los egercicios á caballo, pues ni Amand ni Anriol eran capaces de ejecutar los equilibrios que me habia visto hacer. Tampoco le dije nada porque ni aun fuerzas tenia para encolerizarme. Yo me queria volver por donde habia venido, y hubiera dado un ojo por encontrar un alma caritativa que me proporcionase una carreta donde con toda holgura me hubiera conducido á mi casa, de la que pluguiese á Dios, jamás hubiera salido; pero no la habia, y Eduardo me instaba á que subiese en el caballo otra vez, que ya el animal estaba muy cansado y no se saldría del paso. En esto hacia un calor que achicharraba pues eran las dos y media de la tarde, y por qualquier lado que dirigia la vista no encontraba mas que males y desventuras para mí. Nos hallabamos en la mitad del camino, y lo mismo era volver atrás que seguir adelante. Por último cediendo aun con trabajo á las instancias de mi amigo, si así puede llamarse (voto á tal quien de aquella manera y en tal estado ponía á un hombre tan pacífico y morigerado como yo, monté nuevamente y á paso de recua llegamos al Puerto á las cuatro horas de viaje, y digo llegamos por que creía no llegar nunca. Paramos en una posada y me dijo Eduardo que lo esperaba allí, que cuidase los caballos que él estaba pronto de vuelta. Lo dejé partir por que yo tenia grandes ganas de descansar, pero pasaban las horas y no venia: ya estaba yo para darme á todos los diablos y ahorcarme con un ronzal, cuando apareció con el semblante muy risueño y un si es no es alegre ademas, (despues he sabido habia anudado unas antiguas relaciones, sin duda por aquello de que un clavo...) previniéndome que me dispusiera á marehar; pero yo ya tenia mi resolucion tomada. Le dije que ya que estábamos allí no queria volverme sin hablar á un sugeto á quien conocia. Sali y al volver la calle tuve la fortuna, bendito sea Dios, de encontrarme con una calesa. — A donde? pregunté al caletero. — A Jerez. — De vacío? — De vacío, me contestó. — Alto, le dije que allá voy yo. Monté en ella y en hora y media me vi en mi casa, en donde lo primero que dispuse fué meterme en la cama, pues estaba tan molido, y tan quebrantado, y ade-

mas tan lleno de desolladuras, en muchas partes de mi cuerpo que parecia un San Lazaro. Siete dias he permanecido sin poderme levantar, maldiciendo á cada instante al chuscon que en tal estado me habia puesto. Hoy es el primer dia que dejo la cama sin poderme tener todavía derecho: lo primero que hago es escribir este articulo para ver si llega á leerlo el dichoso Eduardo, y me deja libre, y busca otro amigo que sea mas apropiado que yo, y le sirva en sus calaveradas y sea en fin su paño de lágrimas; si se pica y no se acuerda de mí, entonces podré decir que ha sido la única prueba de amistad que desde que le conozco me ha dado, y juro quedar satisfecho y le perdono los malos ratos... si es posible perdonar á quien así abusa de la verdadera y sencilla amistad.

F H de N.

Jerez Junio 1844.

TEATRO PRINCIPAL.

Después de algun interregno dramático principia Mr. Paul sus funciones en este teatro ordinariamente templo de las musas, y ahora del caballo Pegaso: todo se va allá.

Como ya conocen nuestros lectores es imposible que podamos decir nada todavía de su éxito ni de la acogida que hayan podido merecer del público; por lo mismo nos reservamos para otro Domingo, y allí podremos ocuparnos del señor Rattel, que es hoy la gran notabilidad de la compañía.

Hase dicho además que después tendremos en el mismo teatro por temporada á los artistas del teatro italiano de Lisboa: excelente noticia por todos conceptos, y bastante á felicitarnos por ella con la mejor voluntad del mundo.

NOTICIAS.

VALLADOLID 6 de Julio.

(De nuestro corresponsal.)

Anoche se ejecutó en el liceo la comedia titulada, *Cada cual con su razon*, cuyo desempeño fué regular; en seguida se cantó el aria final de la *Saffo*, dando fin la funcion con la graciosa pieza de *Quiero ser cómica*. Los entre-actos como siempre, pesados é insoportables.

MADRID 12 de Julio.

El señor Confortini, restablecido ya de su indisposicion de garganta, se presentará dentro de poco en la escena. Mucho nos alegraremos de ello para que luzca su hermosa voz tan estimable artista.

IDEM 15.

Ha llegado á Murcia el señor Sautiel, primer tenor de la compañía de ópera, y el señor Lej, primer bajo de la misma.

—Parece que la empresa del teatro del Circo ha mandado componer una ópera italiana, al maestro Mr. Skoedozopole aleman. Se dice que la ópera será *Hernan Cortés*.

—En el teatro de la ópera de Paris, ha sido ajustado el tenor *Gardoni* y el baritono *Latour*, y tambien se va á ajustar la famosa contralto alemana *Stadigl*.

—La célebre Fanny Essler y la Cerito están en Londres. Mme. Dorus Gras ha vuelto á Paris, de donde deben salir muy luego, Duprez y Barnilhet.

—El Viernes último se representó en el teatro de Variedades de esta corte, un drama titulado *Nobleza contra deshonra*, primera produccion de este género del jóven don José Maria Maestre. Gustó muchísimo á los concurrentes, y el autor fué llamado á la escena á recibir un sin número de aplausos.

—En los arrabales de Paris, escita vivamente la curiosidad de todos una estrangera que hace una vida de un misterio impenetrable, rodeada de una porcion de criadas vestidas del mismo modo, y cubiertas cuando salen de tapidos velos. Supénese se será la famosa Lady Stanhope, cuya vida romántica ha suministrado materia á muchos viajeros de que no moriria en Siria como se dijo hace cuatro años.

—Leemos en la *Iberia Musical*.

Tamburini ha perdido algunos fondos que tenia en casa de un banquero de Paris, de resultas de la quiebra de este. Cuando llegó á aquella capital de vuelta de Rusia y supo la pérdida de sus caudales, dícese que exclamó: *¡estoy arruinado!* A los cumplimientos de sus amigos y á las expresiones de consuelo que le dirigia su familia, contestaba solo con aquellas lamentables palabras que repetia de minuto en minuto, levantando los ojos y las manos al cielo. Pero en fin, le preguntaron, ¿cuanto habeis perdido en ese malaventurado negocio?—*Doscientos mil francos, ya veis que estoy arruinado.*—La suma es considerable, sin embargo, todavía os queda alguna cosa, ¿no es vuestra la casa que habitais?—*¡Ah! sí.*—¿No poseeis otra casa en la calle de Frouchet?—*¡Ay de mí...! Sí...* pero, ¿qué vale eso? *¡estoy arruinado...!*—*¡Dos hermosas casas en uno de los mejores barrios de Paris! Con esto ninguno debe quejarse demasiado de la fortuna.*—*¡Piuguiese al cielo que todo mi capital lo hubiese empleado en casas; no me veria arruinado ahora. ¡Ah!...! Los banqueros... los banqueros... Esta mañana he retirado los fondos que tenia en casa de Roschild?—¡Ola...! ¿teniais tambien dinero en casa de Roschild!—Sí, varias cantidades.*—*¿Poca cosa sin duda?—Ocho-cientos mil francos. ¡Estoy arruinado!...*

Por lo dicho se vé que la ruina de *Tamburini* no es de las mas lamentables.